

EL FARO A COLÓN

LA República Dominicana tiene ya, para en adelante, la gloria de ser la primera nación del mundo que utilizó la energía atómica aplicándola a usos civiles. Y es más de resaltar y más glorioso todavía que haya tenido lugar en la iniciación de las obras del Faro a Colón. Mi curiosidad de periodista no podía faltar en tal ceremonia. Al público hubo que tranquilizarlo, repitiendo la Prensa que estaba excluido todo el peligro de radioactividad o radiaciones... Y, por esta vez, los átomos desintegrados se portaron bien. Quizá lanzaron algunas piedras más lejos de lo que se les tenía ordenado y causaron algunos desperfectos en los cristales de los automóviles, pero nada más. Después de eso, las obras continuaron y continúan ininterrumpidamente. No está lejana la fecha en que los haces luminosos del Faro a Colón alumbrarán el cielo desde el punto mismo en que, en el año de gracia de 1492, las carabelas del Gran Almirante arribaron por primera vez a esta favorecida isla.

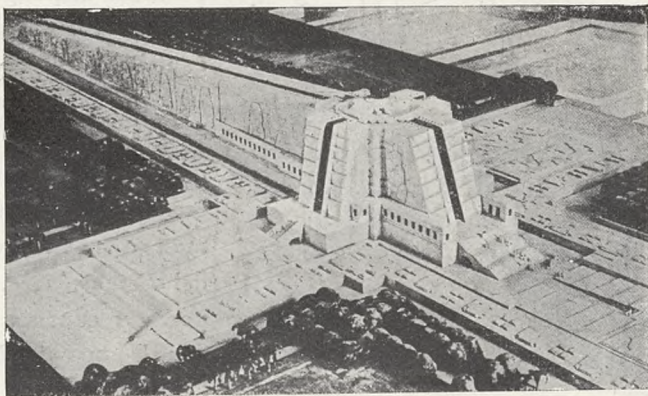
COMO EL COLOSO DE RODAS

Aunque la idea ha tenido feliz realización por iniciativa personal del actual Presidente de la República Dominicana, Generalísimo Rafael L. Trujillo Molina, esa aspiración de la Hispanidad entera y aun de la América toda, se halla madura y palpitante en D. Antonio Delmonte y Tejada. En su "Historia de Santo Domingo", publicada en 1852, casi profetizó este monumento que se inaugurará rondando el centenario de sus palabras magistrales:

Que sea el monumento a Colón tan grande como el coloso de Rodas—escribió Delmonte y Tejada—, que comprenda un faro hacia el cual los viajeros puedan levantar los ojos con veneración.

Las aspiraciones no se habían olvidado. Ni siquiera con el temeroso ciclón de San Zenón, que arruinó la ciudad capital de la República y causó daños y víctimas incontables. Hubo temple más que de sobra para reconstruir lo perdido, para cauterizar las heridas y para llevar adelante la tarea de glorificar, en la tierra que él más amó, la alta figura del Gran Almirante. La alta, sí. ¿Que tuvo sus lunarcillos? ¿Y qué? ¿Pero él no es el hombre que capitaneó y abrió a España y al viejo mundo un mundo nuevo?

Y el monumento "tan grande como el coloso de Rodas" será perpetuador, a la vez, de la memoria



hazañosa de esta España nuestra, tan hondamente metida en el corazón de los dominicanos. Ambas cosas fueron destacadas por el presidente Trujillo Molina cuando las Repúblicas de este Continente, reunidas en la Conferencia Internacional Americana de Chile, reconocieron y pa-

trocinaron oficialmente la iniciativa de erigir un monumento perenne y de proporciones ingentes a Cristóbal Colón y a España como autores del descubrimiento y como sus máximos artífices. A Colón y a España, en definitiva, se debe el paso gigante que implantó la civilización en las vírgenes tierras aborígenes.

UN CONCURSO EN MADRID

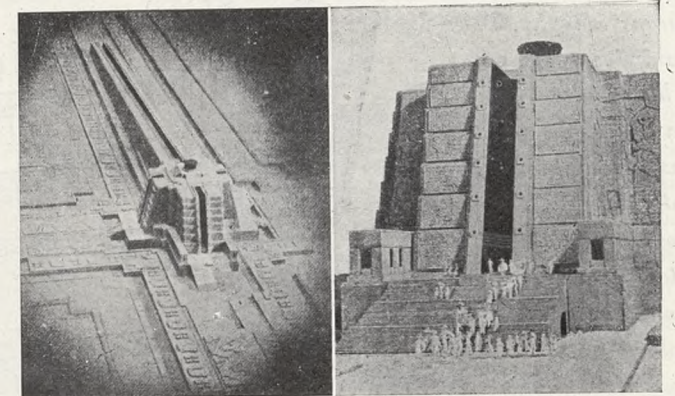
Ya aun antes de que el presidente Trujillo tuviese la satisfacción de que todas las naciones americanas patrocinaran, como propia obra, la construcción del Faro a Colón, la decidida voluntad de elevarlo determinó la celebración en Madrid—en el año 1929—de un concurso entre arquitectos. Cuatrocientos cincuenta y cinco proyectos de profesionales y artistas pertenecientes a cuarenta y ocho países sometieron al Jurado sus planos e ideas para la construcción del Faro. Y el Jurado, que estaba compuesto por arquitectos e intelectuales de varias naciones, seleccionó diez diseños e invitó a sus autores a tomar parte en una nueva competición.

EL TRIUNFADOR

La segunda competición se celebró en Río de Janeiro, dos años después. En octubre de 1931 resultó vencedor quizá quien menos se esperaba en un principio. El arquitecto Joseph L. Gleave, de Edimburgo (Escocia). Un hombre joven, casi un visionario, profundamente idealista y que, por encima de todas las cosas, acertó a salir del cauce trillado y de la idea vulgar que las palabras sugieren, para dar al monumento la grandiosidad pretendida y a la vez el carácter y la perdurabilidad propia de las nuevas tierras.

Es curioso consignar que el Faro a Colón, en realidad, no es lo que la palabra "faro" induce a creer. No es nada de una construcción resplandeciente en lo alto de una montaña, conforme lo imaginaban los antiguos autores, ni se parece a la vetusta Torre de Hércules de La Coruña. El concepto "torre" como sinónimo de "faro" no es parte integrante del proyecto en vías de realización del arquitecto Sr. Gleave. En cuanto a luminosidad, sí.

El Faro a Colón será una cruz yacente que se extenderá como tres cuartos de milla y se levantará



hasta una altura de ciento veinte pies. En la intersección de los dos brazos estará la mayor elevación y estará también el más potente foco lumínico. Tendrá la particularidad de que esta luz se elevará verticalmente de cara al cielo. No se extenderá paralelamente

(PASA A LA PAG. 97)

